

NOVENARIO

Jorge F. Hernández

Como sucede con otras pasiones que siento en el alma, profeso la religión del beisbol de manera heterodoxa. Así como soy enloquecido aficionado a las corridas de toros, sin ya no ser asiduo asistente a los tendidos; así como soy forofo incondicional del Real Madrid, estando lejos del Bernabeu, así también soy beisbolero, sin llevar bien la cuenta de las temporadas, los *line-ups* y los porcentajes.

La afición al llamado "rey de los deportes" me nació en medio de una ya lejana bruma, cuando aún existían los Senadores de Washington, cuya desaparición abrió un paréntesis de simpatía por los Orioles (que en español llevan el mágico nombre de *Oropéndolas*) de Baltimore. Mi infancia, que fue casi enteramente gringa, se cuadrícula sobre un diamante que se formó en mi mente desde el primer día que presencié un juego de pelota rápida, y ya cumplí 30 años enteros de considerarme *fan* de los Yankees de Nueva York, pues además, y al igual que Babe Ruth, me favorecen la gordura los uniformes a rayas. Con todo, no frecuento el sagrado templo del Yankee Stadium y confirmo así que profeso mis religiones por ósmosis, televisión, videos, películas... pero sobre todo a través de libros.

Me gusta el beisbol porque no tiene límites aunque respeta las reglas, porque es un juego que destila una adrenalina efímera y al mismo tiempo suscita un tedio hipnótico. Es la silenciosa eternidad con la que espera, con infinita paciencia, *El fielder del destino* que pintó Abel Quezada y la cíclica incertidumbre que invade mis sentidos, como si esperara la llegada de un milagro, pues no soy más que el hombre -evocado en un poema que, creo, es de Dylan Thomas-, "el hombre que espera a que caiga la pelota que lanzó al cielo cuando era niño".

* Escritor y periodista. Su novela *La emperatriz de lavapiés* (1999, Alfaguara) fue finalista del Premio Alfaguara de Novela 1998



los mató
con jonrón de casa llena